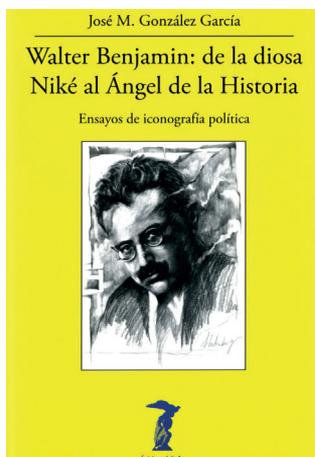


Walter Benjamin: de la diosa Nike al Ángel de la Historia.

Ensayos de iconografía política

JOSÉ M. GONZÁLEZ GARCÍA

Madrid, Antonio Machado libros,
colección "La balsa de la Medusa", 2020,
309 páginas.



Paris change! mais rien dans ma mélancolie
N'a bougé! palais neufs, échafaudages, blocs,
Vieux faubourgs, tout pour moi devient allégorie
Et mes chers souvenirs sont plus lourds que des rocs.

Baudelaire: *Le Cygne*

Este último libro que nos presenta José María González García es una suerte de broche final a una trilogía precedida por *La diosa Fortuna. Metamorfosis de una metáfora política* (2006) y *La mirada de la Justicia* (2016). Podría decirse que el propósito de la obra pasa por leer en clave de filosofía política el nuevo entramado de las modernas ciudades que surgen a partir del S. XIX. Como si de una novela detectivesca se tratase, González García nos invita a descifrar la historia contada a través de las *imágenes alegóricas* de ciertos monumentos y demás iconografías presentes en unos espacios públicos habitados por toda una suerte de ángeles y diosas que portan consigo los valores de la nueva 'Filosofía de la historia secularizada' ya que "parafraseando a Carl Schmitt cabría decir que no solo todos los conceptos

políticos tienen un origen religioso, sino también todas las imágenes del poder.” (p. 38). La obra se encuentra estructurada en siete capítulos en los que su autor nos invita a ‘flanear’ por los lugares que Walter Benjamin transitó tanto literal como literariamente, siendo especialmente significativa su *Infancia en Berlín hacia 1900* y el París del *Libro de los Pasajes*. Benjamin siempre vivió “la ciudad como texto complejo y también como laberinto en el que perderse.” (p. 75).

Los tres primeros capítulos trascurren en un Berlín en el que lejos quedaron las ideas de la *Consolación de la filosofía* de Boecio o *El Príncipe* de Maquiavelo, donde por más ‘virtuoso’ que uno fuese, en última instancia dependía de la ‘diosa Fortuna’. Un nuevo ‘sentir histórico’ comienza a abrirse paso tras la victoria final sobre las tropas napoleónicas en 1815, que terminará por consolidarse con la victoria de Prusia sobre Francia en la guerra de 1870-71. La sucesiva aplicación de la *Realpolitik* del ‘Canciller de hierro’, Otto von Bismarck, no solo trajo consigo la unificación prusiana del II Reich, sino todo un proceso de transformación urbana de Berlín enmarcado en lo que ha venido a llamarse *Gründerzeit* –época de los fundadores-. Ahora ‘las luces de la razón’ iluminan a Berlín bajo “la preeminencia de las ideas de ciencia y de progreso” (p. 32), siendo la Columna de la victoria o diosa Nike – *Siegesäule*- el monumento más representativo de la nueva ‘autopercepción alemana’. En su *figura*, como patrona de la guerra, encontramos sintetizados buena parte de los valores e ideales de la militarizada sociedad prusiana del s. XIX: “La Victoria prusiana no se deja pensar en términos de azar o de suerte ya que no se debe a la Fortuna, sino a la voluntad heroica, a la preparación técnica, a la estrategia militar, a la organización de la burocracia y del ejército.” (p. 51). González García reseña numerosos ejemplos de iconografía política berlinesa en los que podemos rastrear ese cambio de mentalidad que comienza a confiar en sus propias fuerzas y deja atrás su pasado a poder marchar triunfalmente hacia el futuro.

A continuación, el recorrido transcurre durante los capítulos IV-V por las *Calle(s) de dirección única* del París trazado por el prefecto Haussmann, muy a pesar del *melancólico* recuerdo que despierta entre algunos poetas como Baudelaire la imagen de la ciudad medieval en la que los estrechos e insalubres callejones permitían a los revolucionarios aislar sectores enteros levantando barricadas. La historia política de París podría contarse a partir de los sucesivos cambios urbanísticos en los que se ha visto envuelta la ciudad: “Las luchas por la representación pública del poder del monarca absoluto, de su destrucción en la revolución francesa, de los cambios generados durante la época de Napoleón y la reconstrucción posterior durante un nuevo periodo monárquico” (p. 169). Ahora bien, las consecuencias de este ‘embellecimiento estratégico’ emprendido por el barón rápidamente se dejaron notar, como apunta David Harvey, París se convirtió en la ‘capital de la Modernidad’ ante el surgimiento de lo

que en su célebre artículo de 1921 Benjamin denomina *Kapitalismus als Religion*. Presenciaría el metamorfoseo de la iconografía de una ciudad sobre la que, como nos hace saber Anatole France: “¡Llueven ángeles sobre París!” (p. 199); pasando de conmemorar Victorias políticas para convertirse en los nuevos iconos del ‘culto a la mercancía’: “Representa la quiebra del orgullo nacional francés por los éxitos políticos y militares del emperador con el consiguiente refugio en la producción de mercancías y el consumo incipientemente masivo.” (p. 209). Paulatinamente los ‘ángeles militares’ dejaban paso a unos ‘ángeles de la mercancía’ que, ante las multitudes desfilando por unos bulevares ‘espectacularmente’ dantescos, corrían a refugiarse en los ‘pasajes comerciales’ o “Templos modernos de las mercancías como nuevas diosas, ‘santuarios de un culto a lo efímero’” (p. 207).¹ En este sentido, resulta cuanto menos paradójica la recuperación del lenguaje de la alegoría a través de las estatuas de Mercurio, nuevo ángel con el que se expresa la diosa mercancía en los pasajes, y otros elementos propios de la cultura barroca como los emblemas: “La relación entre la cultura barroca de la alegoría y el nuevo espacio de las mercancías que el capitalismo del siglo XIX instaura como espacio urbano en los pasajes comerciales” (p. 220), asunto sobre el que también se pronunció como ‘el cadáver como emblema’ en su malograda tesis de habilitación sobre *El origen del drama barroco alemán* (1925).

Si bien estas ‘calles cubiertas’ tienen el rango de pequeñas parroquias, los pabellones de las Exposiciones Mundiales, gigantescas estructuras hechas a base de hierro y cristal, serán las grandes ‘catedrales’ de la modernidad que, además de ser “(Benjamin): los lugares de peregrinación hacia el fetiche de la mercancía” (p. 235); posteriormente serán reaprovechadas como estaciones de ferrocarril, símbolo de esa fe ciega en la técnica y progreso dentro de un tiempo cinético-lineal que viene marcado por las manecillas del Reloj que han sustituido a la antiguas campanas. Las nuevas formas de vida en las grandes metrópolis le hicieron a Benjamin replantearse, como en su día lo hiciese Schiller al ver un Londres lleno de humo y superpoblado, si la Modernidad no sería más bien la ‘época del infierno’, en las que uno quedaba escindido de la comunidad para ser entregado a la multitud, reduciendo su existencia a la de un simple ‘ojeador de mercancías’ que se ve forzado a habitar in-poéticamente como ‘el hombre de la multitud’ de Poe o el ‘flaneur’ de Baudelaire (p. 244).

El capítulo VI, González García realiza un ‘salto de tigre al pasado’ para hablarnos de uno de sus *leitmotiv*: la Praga de Franz Kafka, donde “Los ángeles barrocos de la contrarreforma católica tienen un peso importante en la imagen urbana” (p. 262). Hermann Schweppenhauser recopiló hace relativamente poco todos los textos que Benjamin,

¹ A pesar de que, paradójicamente, algunos de ellos como el ‘Pasaje de la Opera’ fuera uno de los lugares frecuentados por los surrealistas.

ávido crítico literario, realizó sobre la obra de Kafka bajo el título de *Walter Benjamin. Sobre Kafka. Textos, discusiones, apuntes* (2013). En algunos de ellos Praga se presenta como una ciudad típicamente centroeuropea en la que los querubines revolotean impregnando de significado al espacio público con su presencia. Y es que en la obra de Kafka es frecuente encontrar, al igual que pasaba tanto en Berlín como en París, alegorías bíblicas con las que representar problemáticas típicas de las ciudades modernas.

En el VII y último capítulo, más bien a modo de epílogo, se muestra la presencia de este tipo de iconografía más allá de las fronteras europeas. A través de un sugerente recorrido por algunas capitales iberoamericanas podemos encontrarnos con la ‘metamorfosis’ de la Victoria o Niké en el ángel de la Independencia ubicada en el centro de una de las glorietas más importantes de la avenida de Reforma en Ciudad de México, o de la Libertad en la versión argentina que se encuentra en Mendoza; así como las galerías comerciales de Santiago de Chile.

Por todo lo expuesto, recomendamos encarecidamente su lectura a las personas que estén interesadas tanto en la ‘Filosofía de la Historia’ de Walter Benjamin como en realizar una interpretación del tejido iconográfico que ‘da sentido’ al ‘urbanicidio’ moderno. No se trata de un ensayo de iconografía política al uso, sino más bien de un fascinante análisis e investigación de la ciudad al más puro estilo benjaminiano que, además de venir acompañada por una gran cantidad de fuentes gráficas y fotografías tomadas por el propio autor, nos ofrece una serie de herramientas con las que poder decodificar por nosotros mismos el simbolismo presente en la *Res publica* que se encuentra interpelándonos en nuestro día a día. Ahora que están tan en boga las cuestiones referentes a la *memoria histórica* no vienen mal terminar recordando que “es importante la iconografía política como estudio de las estatuas que decoran los espacios públicos de la ciudad y transmiten mensajes ideológicos determinados” (p. 17). No podemos seguir creyéndonos la mentira conservadora de que la ciudad es un espacio neutral. En nuestra mano queda el compromiso de decidir como ciudadanos críticos a quiénes queremos recordar con el nombre de nuestras calles o plazas y qué personajes van a ser homenajeados con monumentos. Tenemos que decidir si queremos permanecer sumisos en el bando de la inoperatividad política, dejándonos arrastrar por el arrollador torrente de voces que a diario piden más ‘progreso’ y ‘desarrollo’ o, por el contrario, asumimos la siempre difícil triple tarea de ‘peinar la historia a contrapelo’ para *interpretar, transformar y cuidar* el ‘espacio comunitario’. Nosotros terminamos aquí no sin antes despedirnos haciendo nuestras las palabras de Zbigniew Herbert: “un pueblo que pierde su memoria, pierde también su conciencia” (p. 89).

PELAYO GUIJARRO GALINDO